



Revista Asia América Latina

ISSN 2524-9347

Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Universidad de Buenos Aires



LA SOMBRA CHINA EN AMÉRICA LATINA: EXTRACCIÓN DE CAPITAL E IMPERIALISMO DE CLÓSET

CHINA'S SHADOW ON LATIN AMERICA: CAPITAL EXTRACTION AND CLOSET IMPERIALISM

Max Povse 

Instituto Universitario Europeo / Universidad de Buenos Aires

max.povse@eui.eu

Introducción

La puja de los actores globales por ganar peso e influencia ha marcado el devenir reciente de América Latina, con China como el protagonista disruptivo frente a un Estados Unidos concentrado en Asia, y una Europa más preocupada en sus agendas que en el restablecimiento de un equilibrio estratégico sustentable. Sumado a ello, con una Rusia en guerra, los países latinoamericanos han comenzado a plantearse de manera pragmática sus vínculos con el resto del mundo, particularmente en busca de mercados alternativos para sus exportaciones, toda vez que el comercio continúa siendo uno de los pocos puntos de inserción que tiene la región frente a un sistema crecientemente maniqueo.

En este contexto, es notorio que la presencia creciente de China en América Latina entronca con tendencias presentes en las relaciones internacionales del continente, debilitando el patrón unilateralista de primacía establecido por Washington tras la disolución de la Unión Soviética. Así, se ha configurado un sistema más fluido, con características multipolares, donde Estados Unidos conserva la primacía en América Latina en algunos ámbitos, pero con un nuevo actor que condiciona la política exterior del resto de países del continente, así como la perspectiva internacional de las instituciones y organizaciones regionales.

En este artículo, en primer lugar, se analiza la relación económica entre China y América Latina en los últimos años a la luz del flujo de capitales entre ambos actores. A partir de la aclaración de esta dinámica, se procede a identificar las dinámicas de la relación política de China con la región, contraponiendo los objetivos delineados por el régimen y su impacto efectivo en la configuración estratégica global alrededor de América Latina. Se concluye que gran parte de la relación bilateral continúa motivada por narrativas políticas paradójicamente antiimperialistas que ignoran el daño que China ha generado en la economía regional a partir de su extracción de capitales.

China en América Latina

En la actualidad ha quedado claro que China no improvisó su desembarco en América Latina, sino que diseñó un plan estratégico de expansión codificado en dos libros blancos en 2008, y luego en 2016. Primero, jerarquizó la suscripción de los tratados de libre comercio con los países conectados a su propio océano. Posteriormente, incentivó la articulación de esos convenios, particularmente en el conglomerado zonal de la Alianza del Pacífico.

De esta manera, poco a poco la influencia de China en América Latina fue tomando forma, incrementándose los flujos de comercio, inversiones directas y en infraestructura, y financiamiento. Hoy es el segundo socio comercial de la región en términos absolutos (el primero, si se excluye a México), y tiene acuerdos de libre comercio con Chile, Costa Rica, Ecuador y Perú que han intensificado la relación económica bilateral en términos formales.

En este sentido, la avanzada comercial fue sucedida por una oleada de financiamiento, que en la última década alcanzó 130 mil millones de dólares en préstamos bancarios (Stevenson-Yang y Tugendhat, 2022) y 73 mil millones en inversiones solo en el sector energético (Roy, 2023). A su vez, esta consolidación financiera fue afianzada con una secuencia de inversiones directas, centradas en obras de infraestructura para mejorar la competitividad del abastecimiento de, principalmente, materias primas dirigidas al mercado chino.

La extracción de capitales

A pesar de este agigantado crecimiento en la relación económica bilateral, poco se ha estudiado sobre sus cualidades, es decir, las implicaciones de la cada vez más omnipresente presencia china en las economías latinoamericanas. En este aspecto, es meritorio analizar los flujos netos de capitales entre China y América Latina a partir del agregado de los flujos de comercio total, de inversión extranjera directa, de inversión en infraestructura, y de financiamiento de los bancos chinos.

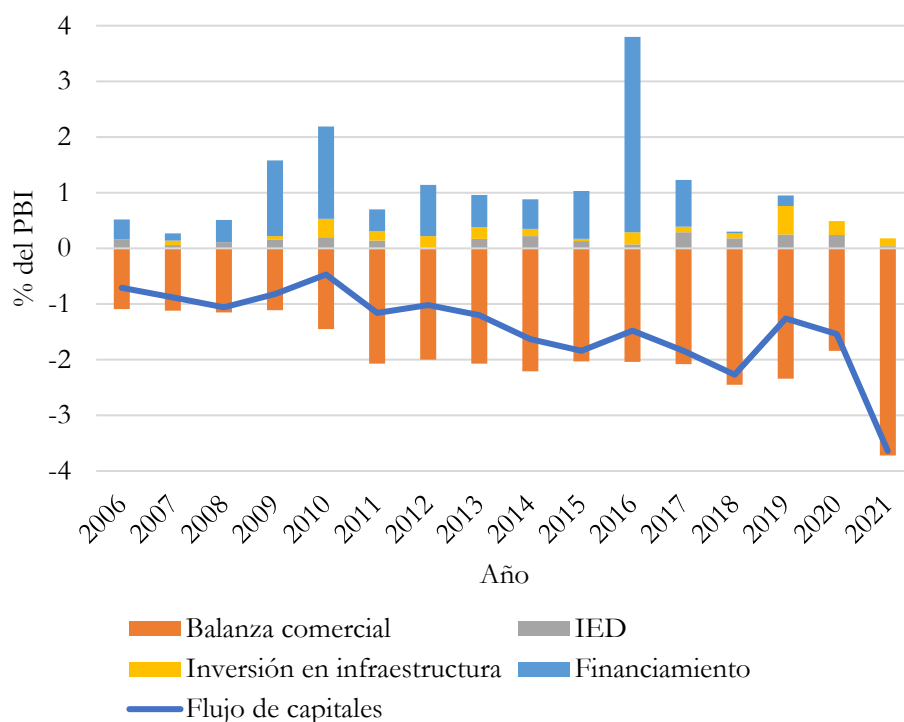
Un indicador global de estas características constituye una herramienta apropiada para analizar el beneficio económico total de la relación bilateral, que conlleva un impacto directo en las cuentas de los Estados involucrados y, por tanto, son parte integral de la política económica de sus respectivos Gobiernos. A su vez, es relevante expresar los datos económicos en términos relativos, es decir, extrapolados para denotar el porcentaje del producto interno bruto del país al que corresponden en cada año, a fin de resaltar el impacto que tienen las dinámicas económicas en cada caso: por ejemplo, no es lo mismo un préstamo de cinco mil millones de dólares a Argentina que a Cuba, por el tamaño de sus respectivas economías y, en consecuencia, por el impacto que un financiamiento

de esta escala tiene en las cuentas públicas y en la solvencia fiscal de cada caso (Povse, 2023b).

En la figura 1, se muestran los datos del flujo neto de capitales entre China y América Latina tomada en su media agregada, entre los años 2006 y 2021. Es posible apreciar el deterioro de esta relación, que se aprecia a lo largo de la serie, con una pendiente negativa que se ha ido acentuando en los últimos años. Ello implica que el flujo de capitales en la relación sino-latinoamericana siempre ha sido en favor de China, por lo menos a partir de que la relación bilateral comenzó a ser significativa en la segunda mitad de los años dos mil.

Figura 1

Evolución de los indicadores económicos respecto a China entre 2006 y 2021, como porcentaje del PBI latinoamericano



Fuente: autor en base a datos de la Organización de las Naciones Unidas.

En gran medida, ello está relacionado con una balanza comercial extremadamente inclinada en favor de China, tanto así que no ha podido ser moderada por las decenas de miles de millones de dólares que los empresarios y bancos chinos han invertido o prestado a los países latinoamericano en los últimos años. En este sentido, la cantidad relativa de dinero que China vierte en las economías de América Latina y el Caribe en proyectos de gran envergadura

como Atucha III y IV, y represas hidroeléctricas Cóndor Cliff-La Barrancosa y Kirchner-Cepernic en Argentina, la Central Hidroeléctrica Belo Monte en Brasil, la Autopista al Mar 2 y el Metro de Bogotá en Colombia, la carretera Huanuco-La Unión-Huallanca o el puerto de Chancay en Perú –solo por nombrar los más destacados (Povse, 2023)– resulta nimia en comparación con lo que estos países pagan en importaciones chinas.

Imperialismo de clóset

La captura los mercados de América Latina, combinando audacia económica con astucia geopolítica ha generado un superávit consolidado en favor de China, que hasta la actualidad consigue en la región una de sus principales fuentes de moneda extranjera. Aprovechando esta situación de dependencia, y a partir del advenimiento de Xi Jinping como líder supremo, el régimen confronta abiertamente con el rival estadounidense, a la vez que para concertar convenios exige a todos sus clientes la ruptura de relaciones diplomáticas con Taiwán, ejerciendo sin miramientos su rol de nuevo hegemon. El reconocimiento del principio de «una sola China» se ha convertido en la condición de cualquier acuerdo comercial o financiero con la nueva potencia. A través de esta vía indirecta, Beijing ha consolidado su peso global y continúa corroyendo el tradicional sometimiento de los gobiernos latinoamericanos a los dictados de Washington.

A pesar de la gran cantidad de acontecimientos que han protagonizado los países latinoamericanos en sus relaciones con las potencias noratlánticas en los últimos años, los vínculos que más se han modificado y, en muchos casos, los que más incidencia han tenido sobre las economías nacionales son los que se han intensificado con Asia en general, y con China en particular. Además del impacto económico, el estrechamiento de las relaciones con esta última posee un fuerte componente político, en la medida en que –en un mundo globalizado e interdependiente– ambas dimensiones se implican mutuamente.

Por ello, la relación con los países de la región ha sido agrupada en la gran estrategia china a través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta de Seda, un megaproyecto que funciona como paraguas para el comercio, la inversión extranjera directa, la inversión en infraestructura y los préstamos soberanos, siempre pensados desde China hacia la región. La unidireccionalidad que ha tomado la relación sino-latinoamericana en los últimos años responde al viraje de la política exterior china hacia posiciones más asertivas, a través de los cuales el gigante asiático se ha comenzado a autopercebir como un «gran país responsable», es decir, una potencia. Ello resulta incompatible con el tradicional autopercebimiento como país perteneciente al Sur Global (Lechini y Morasso, 2015, p. 118), aunque su diplomacia no ha desechado tal concepto de los libros

blancos, en una estrategia que autores como Ariel Slipak han descrito como «hipocresía internacional» (2014, p. 113).

Aún más, las conductas imperialistas y hegemónicas chinas han sido puestas al descubierto al utilizar su capacidad económica para persuadir –y hasta condicionar– a los países latinoamericanos para modificar sus propias políticas exteriores, y reconocer a la República Popular como el legítimo gobierno de China, por sobre las demandas de la República de China (Malacalza, 2019, p. 81). Este nivel de injerencia deja pocas dudas de las intenciones que el gobierno de Xi Jinping tiene como aspirante a nuevo hegemón global.

Estas intenciones se expresan, no obstante, con una relativa cautela, en tanto la dirigencia china comprende que América Latina continúa siendo parte del mundo occidental –por más que también sea parte del Sur Global– y por lo tanto está sujeta a la influencia de las potencias noratlánticas. En este sentido, la mayoría de los gobiernos latinoamericanos ha sido cauto para mantener un balance relativo en sus relaciones con las potencias, aumentando su comercio con China hasta convertirla en su principal socia comercial, pero buscando activamente aumentar –al mismo tiempo– el nivel de comercio con el resto de las potencias y, particularmente, con otros países asiáticos en desarrollo. De este modo, gran parte de la diplomacia con características autonómicas de los países latinoamericanos ha explorado nuevos mercados en el sudeste y en el sur asiático, a fin de reducir su exposición a los intereses chinos en la región.

Por su parte, la llegada al poder de Joe Biden en Estados Unidos ha modificado el tablero internacional por partida doble: por un lado, ha vuelto a las reglas de juego del gobierno de Barack Obama, al elegir el abordaje multilateral como mecanismo tanto de cooperación como de resolución de conflictos; por otro lado, ha profundizado la política hostil contra China con la que se embanderó su predecesor. Esta combinación tiene en sí el germen potencialmente peligroso del retorno a un mundo dividido en bloques, en la medida en que el renovado protagonismo del G7 en la agenda internacional se contrapone fuertemente a los intereses de China, en particular, pero también de Rusia y otros países hostiles a la idea de «Occidente».

Los casos latinoamericanos, por otro lado, representan otro tipo de dinámicas: en vez de estar asociados a las agendas que se llevan al plano internacional, los niveles de acuerdo político con China continúan siendo explicados mucho mejor a partir de las ideologías de los Gobiernos de turno. No obstante, ello muestra matices tanto a nivel temporal como espacial. En el primer sentido, las dinámicas disímiles de acuerdo político con China en la década de los noventa se pueden comprender mejor a partir de las agendas más progresistas o conservadoras que los países proyectaban en el escenario internacional, durante un período en que las sinergias entre las altas y las bajas políticas se encontraban muy debilitadas frente a la hegemonía imperante de Estados Unidos.

Con el cambio de siglo y el «giro a la izquierda» de América Latina (Levitsky y Roberts, 2011), esa sinergia se fortaleció, y las agendas perdieron influencia sobre el comportamiento político exterior de los países, en favor del alineamiento ideológico. En la actualidad, con una fuerte influencia de los acuerdos políticos de alcance regional como el Foro de San Pablo o el Grupo de Puebla, las dinámicas de la política exterior latinoamericana se han alineado con China cuando existe un alcance geográfico suficiente de Gobiernos pertenecientes a estas agrupaciones.

No obstante, si bien las matrices productivas de tanto China como América Latina no son las de países desarrollados, las claras asimetrías que la primera presenta respecto a la segunda son suficiente para poder caracterizarla como lo que es: una potencia imperial, máxime si se tiene en cuenta la creciente convergencia de intereses geopolíticos y geoeconómicos que mantienen con los países desarrollados (Actis y Zelicovich, 2016).

En este contexto, toma especial relevancia la dicotomía que presentaron Roberto Russel y Juan Gabriel Tokatlian (2013) entre una postura aquiescente o autónoma frente a este proceso de reconfiguración global del poder. Es decir, en la medida en que surjan nuevas potencias que disputen el poderío de Estados Unidos, se hace necesario hacer un relevamiento objetivo sobre la situación relativa en la que se encuentra América Latina respecto a todos ellos, a fin de evitar cambiar un hegemon por otro.

En este sentido, en un contexto en que las nuevas potencias adquieren cada vez más las conductas imperialistas ya conocidas en las potencias tradicionales, este panorama configura un escenario en que el conflicto se plantea exclusivamente entre las potencias del Norte Global, en la que las regiones periféricas son percibidas como piezas en un juego de poder por parte de los protagonistas.

Asimismo, este nuevo enfrentamiento posee aún más connotaciones agónicas que antagónicas, en la medida en que no existe un riesgo de destrucción mutua a partir de, entre otros factores, los niveles de codependencia económica (Sánchez Mugica, 2018), lo que hace pensar que su prolongación en el tiempo es la posibilidad más probable y, por lo tanto, también lo es el estrechamiento continuado del camino del medio que puede trazar una región periférica como América Latina.

De esta situación se desprende que, para lograr cambios sociales de importancia relativa, es necesario no solo es necesario estribar en la modificación de las relaciones entre centro y periferia —cuyas dificultades e impracticabilidad ha sido largamente documentadas—, sino que una precondition fundamental es la de lograr una autonomía regional que permita recuperar el poder sobre las decisiones de las tecnoburocracias nacionales. De esta manera, es posible argumentar que los avances tecnológicos que ha facilitado la globalización y, principalmente su diseminación alrededor del globo, constituyen una ventaja que

diferencia la actualidad de las primeras décadas de la extensión del neoliberalismo.

En este sentido, la capacidad de las periferias para consolidar sus propias cadenas de valor constituye una herramienta fundamental a la hora de pensar el cambio social de sus sociedades. La capacidad de la producción autónoma (no condicionada por las potencias) es el primer requisito material para lograr la autonomía social, política y cultural a posteriori. En este contexto, la cooperación que propone China está argumentada dentro del paradigma de ganar-ganar, es decir, en buscar establecer lazos que sean beneficiosos para ambos lados con todos los países posibles, en el marco de una suerte de «diplomacia de la zanahoria» (calco del inglés: *carrot diplomacy*, Cai, 2018). No obstante, este objetivo amerita ser puesto en tela de juicio, máxime cuando una potencia lo plantea a países periféricos.

En este sentido, es posible argüir que China está llevando adelante una política de «imperialismo de clóset» para con la región, en la medida en que mantiene una política asertiva en términos políticos para lograr un nivel de influencia capaz de determinar la política de los Estados de su interés, al mismo tiempo que debilita y genera dependencia en sus matrices económicas a través de la sangría de capitales. La doble experiencia de una relación política sin límites aparentes con el paulatino empeoramiento de los términos de la relación económica bilateral de la cual no se puede escapar en la medida en que vincula a ambos actores en sus aspectos productivos y financieros, genera una trampa ideal en la que China explota sin miramientos a América Latina y al mismo tiempo procura imponer sus lineamientos políticos sobre ella.

Todo ello ocurre bajo un aura de cautela en la que los movimientos subrepticios de los diplomáticos chinos solo en contadas ocasiones son hechos de público conocimiento, y en que las misiones económicas de empresarios, banqueros y políticos chinos por igual a América Latina se han convertido en una nueva normalidad sobre la que la mayoría de los Gobiernos de la región ha resignado cualquier intento de capacidad de control. Así, se ha generado una situación de dependencia imperialista de los designios de un nuevo hegemón que se propone abiertamente replantear el orden internacional para formarlo a su manera (*Xinhua*, 2023).

En este sentido, China ha inaugurado una nueva era del imperialismo que supera al clásico neoimperialismo estadounidense para definirse desde el inicio como parte del grupo de países sobre los que ejerce conductas imperiales, como la extracción de recursos y la imposición política. En este caso, el imperialismo chino se avergüenza de sí mismo y se esconde en un «clóset» desde el cual opera sus «iniciativas» bajo un tinte de inclusión que esconde en verdad una acabada estrategia de acaparamiento de la centralidad económica que le permita al líder volver a ser el «hijo del cielo» alrededor del cual se ordena el mundo, a la manera de los antiguos emperadores (Schuman, 2022).

Conclusiones

El interés particular que ha demostrado China por lograr la inserción de América Latina en iniciativas como la de la Franja y la Ruta está dado por la ubicación estratégica de la región como factor de interés para los Estados Unidos. A la luz de la reticencia de este para coadyuvar a la cimentación de un régimen internacional multipolar, el objetivo de China de consolidar su presencia en América Latina puede tener al menos dos interpretaciones.

Por una parte, puede platearse que China busca posicionar a la región como un polo de poder autónomo, en línea con la multipolarización que promueve, y en detrimento de la clásica posición estadounidense hegemónica o de intervención imperialista. Por otra parte, se puede ser más escéptico, al notar que las potencias tienden a disfrazar sus verdaderas intenciones detrás de iniciativas a las que sus interlocutores periféricos difícilmente se pueden negar, y por lo tanto existe la posibilidad de que China mantenga una agenda hegemónica detrás de escena.

Para poder optar por una de estas explicaciones, se debe analizar el panorama de manera más acabada para sacar conclusiones propositivas. En primer lugar, la profundización del déficit de la balanza comercial bilateral, así como el estancamiento del ingreso de inversión extranjera directa y la caída de las inversiones en infraestructura y financiamiento chinos deberían ser miradas con preocupación. Esto no implica que deberían perseguirse mayores grados de cooperación de manera indistinta y sin reparos, pero sí que una pérdida de importancia de la región en las relaciones económicas de las potencias – probablemente en beneficio de otros socios– tiene el potencial de aislar en términos relativos a América Latina, dado que China tiene la necesidad de asegurarse mercados en el contexto de la disputa hegemónica.

Una alternativa a esta problemática es generar marcos comunes de promoción del comercio, la IED, la inversión en infraestructura y el financiamiento, a fin de establecer valores deseables para estos flujos, y hacer frente a actitudes abusivas que las potencias pudieran tener, como exigir una mayor dependencia o, en su defecto, amenazar con una desestabilización económica (Slipak y Ghiotto, 2019). En este sentido, la diversificación de los socios económicos debería ser, junto con la promoción de asociaciones, la prioridad para los países latinoamericanos, tanto en términos nacionales como regionales.

En segundo lugar, existe un acercamiento entre las posiciones políticas expresadas en los organismos multilaterales entre los países latinoamericanos (Povse, en prensa), lo que es una muy buena señal de convergencia, que tiene el potencial de erigir a la región en un referente obligado de la agenda internacional.

Para arribar a tan ambicioso objetivo, no obstante, es necesario tener en cuenta dos advertencias.

Por un lado, se debe mantener una vigilancia constante sobre los valores de las coincidencias, tanto entre los países latinoamericanos como respecto a las potencias, a fin de procurar aumentarlas en el primer caso, y mantenerlas en un nivel relativamente bajo, en el segundo. Por otro lado, deben revitalizarse los mecanismos de toma de decisiones conjunta a fin de demostrar posturas más o menos comunes en los organismos multilaterales, dado que ello es la única forma en la que las potencias podrían comenzar a considerar a la región como un actor de veto de peso en el sistema internacional, y así fomentar una respuesta autonomista frente al avance chino en la política y la economía de la región.

Por último, las correlaciones entre los cambios de Gobierno y las modificaciones en las tendencias de política exterior y economía internacional por parte de los países de la región es una señal preocupante que augura mayores niveles de conflictividad política al interior de los Estados. En este sentido, es importante el logro de compromisos entre los actores políticos a nivel nacional para poder avanzar con las propuestas anteriores, dado que, sin políticas de Estado de corto, mediano y largo plazo, ningún plan de coordinación o promoción podrá prosperar.

En este escenario global cada vez más fragmentado, América Latina tiene la oportunidad de rebalancear sus estrategias, en tanto es un objeto de interés tanto de las potencias noratlánticas como de China y, en menor medida, de Rusia. En saber aprovechar las oportunidades que ofrecen cada una de estas potencias, y al mismo tiempo ser capaz de minimizar la exposición a sus influencias, estará la clave para lograr una región más autónoma, más madura en su capacidad de negociación, y con el potencial de constituirse en un polo de poder en un mundo multipolar.

Es así que, en última instancia, la llave para lograr una región fuerte, que apele a mecanismos multilaterales de toma de decisiones y que sea capaz de establecer la agenda internacional, se encuentra en la política partidaria local de cada país latinoamericano. Si no es posible remontar las diferencias políticas al interior de nuestros países, difícilmente se logrará la capacidad necesaria para enfrentar exitosamente los embates de las potencias sobre la autonomía regional.

Referencias

- Actis, E. y Zelicovich, J. (2016). No todo lo que brilla es oro. Continuidades en el Orden Internacional y límites a la reconfiguración del Sur Global. *Perspectivas Revista de Ciencias Sociales*, 2.
- Cai, K. G. (2018). The One Belt One Road and the Asian Infrastructure Investment Bank: Beijing's New Strategy of Geoeconomics and Geopolitics. *Journal of Contemporary China*, 831-847.

- Lechini, G. y Morasso, C. (2015). La cooperación Sur-Sur en el Siglo XXI. Reflexiones desde América Latina. En A. Serbin, L. Martínez y J. Ramanzini Haroldo (coords.), *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe*, 11.
- Levitsky, S. y Roberts, K. (2011). Latin America's "Left Turn": A Framework for Analysis. En S. Levitsky y K. Roberts (eds.), *The Resurgence of the Latin American Left*.
- Malacalza, B. (2019). La política de la cooperación Sur-Sur. China, India y Brasil en América Latina y el Caribe. *Colombia Internacional*, 98, 67-103.
- Povse, M. (2023). La Iniciativa de la Franja y la Ruta de la Seda en América Latina. Construyendo un mundo multipolar. En P. Vommaro et al. (autores), *Nuevos mapas: crisis y desafíos en un mundo multipolar*. CLACSO.
- Povse, M. (en prensa). *La Iniciativa de la Franja y la Ruta en América Latina y el Caribe. Beneficios económicos y condicionamientos políticos*. Editorial Teseo.
- Roy, D. (2023). China's Growing Influence in Latin America. *Council on Foreign Relations*.
- Russell, R. y Tokatlian, J. G. (2013). América Latina y su gran estrategia: entre la aquiescencia y la autonomía. *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, 104, 157-180.
- Sánchez Mugica, A. (2018). El orden mundial y la reconfiguración hegemónica en el siglo XXI. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 63(233), 365-388.
- Schuman, M. (2022). Behold, Emperor Xi. *The Atlantic*.
- Slipak, A. (2014). América Latina y China: ¿cooperación Sur-Sur o «Consenso de Beijing»? *Nueva Sociedad*, 250.
- Slipak, A. y Ghiotto, L. (2019). América Latina en la nueva Ruta de la Seda. El rol de las inversiones chinas en la región en contexto de disputa (inter)hegemónica. *Cuadernos del CEL*, 4(7).
- Stevenson-Yang, L. y Tugendhat, H. (2022). *China's Engagement in Latin America: Views from the Region*. United States Institute of Peace.
- Xinhua. (2023). Xi Calls For More Just, Equitable World Order at BRICS Forum.



Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
Universidad de Buenos Aires